

POBREZA Y CIVILIZACIÓN*

Aquel que es el *ἀπαξ* de la *Historia Santa*¹ ha querido nacer, vivir y morir como pobre; más aún, ha sido simplemente un pobre, un miembro del *pueblo de la tierra*: un judío, trabajador manual de un olvidado villorrio del pobre pueblo de Israel². Esta "pobreza" es una condición de la existencia auténtica de un judío, en los tiempos del Imperio, y del cristiano en general; es la fuente existencial de la libertad, la colaboración y el 'compromiso' del cristiano en la humanización o proceso civilizador.

La "pobreza" no es la miseria de aquellos que viven sin la ley y sin orden. Un beduino del desierto es un pobre. Él vive honestamente de sus cabras, de sus olivos, de sus alimenticios productos del oasis. En cambio, el desplazado social de nuestras grandes ciudades, sin trabajo o sin seguridad o sin habitación es un miserable. La miseria es antihumana, mientras que la pobreza empírica, sociológica, exterior, la vida "modesta" es por el contrario -sea voluntaria y simplemente aceptada- una condición de civilización. El "espíritu burgués" -si se nos permite la expresión- es todo lo opuesto a la invención civilizadora; es como el parásito que anuncia la muerte o al menos el estancamiento de una cultura.

Quisiéramos determinar la relación existente entre la pobreza, la

*Trabajo escrito en París en 1962. En este artículo el pobre es el profeta; no vislumbrábamos en ese entonces claramente la segunda significación de *pobreza* como exterioridad a la totalidad.

libertad y la creatividad profética. El comportamiento "pobre" tiene mucho que ver con la explosión técnica que se ha producido en nuestro mundo occidental a partir del siglo XIV, y que hoy se ha planetizado.

Toda civilización se funda sobre lo que ha sido denominado el *núcleo ético-mítico* de una cultura³, la *perspectiva* fundamental del mundo intencional⁴, la *primer premisa*⁵. El cristianismo, como visualización totalizante del universo posee un foco *central* de intencionalidad (la fe, fijada en la conciencia colectiva y viviente de la comunidad escatológica, y objetivada, en cierta manera en los Libros Santos y los Principios de fe, y otros instrumentos de la revelación) del cual ha surgido como efecto, en lo temporal, una civilización original. Dicha cultura, la occidental, no es cristiana en sentido estricto, y sin embargo, por un diálogo incesante con la conciencia eclesial, ha sido, de hecho, *cristianamente orientada*⁶. El cristianismo, en cambio, se sitúa -siguiendo el estatuto propio promovido por Jesucristo- en un nivel supra-cultural, universal y siempre activo, siempre escatológico.

Las culturas India o Griega, por ejemplo, reposan sobre un dualismo antropológico, un ciclismo cósmico, un monismo trascendental, que sirviendo en un momento a la expansión de dichas civilizaciones, se constituyeron, en una segunda etapa, como la prisión de la que dichas comunidades no pudieron liberarse, siendo así conducidas a la muerte por un estatismo inventivo, una falta de evolución ascendente ininterrumpida⁷.

Por el contrario Abraham, *servidor y pobre de YHVH*, abandona Ur⁸, sus relaciones sociales y su casa y parte hacia la tierra prometida. He aquí el principio de toda pobreza escatológica: el producir una ruptura; el existir conscientemente como débil, miserable; el creer en el poder creador del Absoluto-Alguien, Trascendente de la naturaleza, providente de la Historia, en el cual podemos confiar, porque es Fiel, Firme, Verdadero. *El dejar todo* es la condición de la conciencia de sí mismo; es el oponerse *a las cosas* y saber entregarlas; es el saber enfrentar la muerte; es el luchar contra la esclavitud de la *instalación* confortable. Abraham, el extranjero, es el germen de la obra civilizadora más admirable que la fenomenología histórica pueda mostrarnos. Él ha originado -por la intervención decisiva y revelante de YHVH en la Historia Santa- en el interior de la tradición semítica una "postura" existencial que se irá afirmando y purificando paulatinamente de Abraham a Isaac..., a Moisés..., a David..., por los profetas..., hasta la esperanza mesiánica de los *pobres de*

YHVH, en torno a la persona incorporante del *Servidor de YHVH*, del *resto de Israel*...⁹

Cuando Jesús se manifestará junto al Jordán -un arroyo casi-, junto al Bautista, un *pobre de YHVH*, en el desierto, para recibir el bautismo del Espíritu, todo su misterio de extrema pobreza -de muerte y resurrección- nos es revelado por primera vez. Obrero, hombre sin ciencia aprendida en las escuelas... Rodeado de pescadores, de simples empleados del Imperio, reclutados en el pequeño lago de Genesaret, constituye un colegio bien insignificante y de pobres "galileos", tierra de gentiles. ¡Cuánta pobreza comparada con el esplendor de una Roma, de una Alejandría, de una Antioquía o Atenas! y sin embargo, por el proceso histórico providentemente amado del Padre, ese humilde *núcleo intencional o existencial* originado en Abraham ha recibido una conversión substancial, una nueva creación en la misma Persona de Jesucristo: el Universalismo sin fronteras comienza a fermentar en la limitada Palestina. Su *universalidad* -entre una de sus notas propias- se funda en su autonomía, en su libertad con respecto a todo *útil*, instrumento exterior, a todo uso material de civilización¹⁰.

"Religión y civilización no son dos niveles separados, sino dos dimensiones distintas y correlativas del único designio de Dios sobre el hombre. La salvación propuesta por Cristo toca indirecta, pero necesariamente, la empresa civilizadora, aportándole la corrección de inspiración e infundiéndole la jerarquía de las prioridades auténticas"¹¹.

El cristianismo primitivo descubre progresivamente su autonomía universalizante con respecto al judaísmo ya las religiones de misterios¹², y también -y principalmente- en relación al Imperio. Es decir, la Iglesia fundada por Jesús, toma conciencia de ser estrictamente una *Asamblea escatológica*, superando así la ambigüedad del particularismo del *pueblo* judío. La Iglesia, Asamblea escatológica, se afirma paulatinamente por el diálogo ininterrumpido con el pensamiento greco-romano. De esta evolución dialogante la comunidad cristiana permanece como indiferente con respecto a los *instrumentos* de civilización, pero profundamente "comprometida" (engagée) en el nivel del *núcleo ético-mítico*. De este diálogo se formará se modelará un *humanismo consistente*, una visión escatológico-cristiana (el mundo cristiano de la fe) que exige una estructura humana unitaria, una concepción lineal de la evolución como *Historia Santa* -piénsese, por ejemplo, en San Agustín-, la trascendencia de Dios, y la Naturaleza es contemplada como "creada". Después de atravesar los siglos V al XIV, de una extrema ambigüedad, la civilización cristianamente

orientada, se objetiva por la invención ininterrumpida de instrumentos de civilización, a partir de los instrumentos ya utilizados por otras civilizaciones muertas o estancadas. La originalidad propia del movimiento renacentista es la absoluta libertad con la que utiliza la Naturaleza y la cultura. Un Galileo, y después un Einstein no hubieran podido existir en Grecia o en la India, porque la exigencia de un "Inmóvil-divino-intramundano" habría impedido -como la ha impedido históricamente- la relatividad absoluta del mundo creado. Un Hegel es impensable, sin la fe en la Encarnación, por el que la visión histórica, escatológica, es lineal y dirigida a la plena realización del fenómeno humano¹³.

Nos es imposible aquí mostrar el dinamismo civilizador de la *Weltanschauung* cristiana, o mejor la *existencia eclesial*.

Jesús exige la pobreza como condición *apostólica* (Mat. 10, 1-42) y no -principalmente- como consejo de perfección personal. Cuando Jesús envía sus discípulos en Misión les aconseja una extrema pobreza para significar claramente y sin equívocos la *Buena Nueva*. De la pobreza interior, *pobre de YHVH*, a la pobreza manifestada del apóstol¹⁴. En ese sentido, la pobreza es la condición de la Evangelización. Pero aún más, es la libertad del cristiano, en el proceso de humanización, en la tarea de elegir, modificar o inventar los útiles o instrumentos de civilización. Si por ejemplo, es necesario realizar una reforma de la explotación o propiedad agraria, una reforma escolar, en fin, una *revolutio* o *renovatio*, será necesario saber y poder *distanciarse* de los bienes poseídos, con un *máximum* de lucidez y libertad, a fin de re-estructurarlos en vista del bien común. Es necesario desvestirnos hasta la desnudez, de nuestro particularismo posesivo.

La pobreza así comprendida, como "libertad de los hijos de Dios" (Rm. 8,21; Jn 8, 32) ante todos los útiles de la civilización es la actitud evangélica que permite todo "primer paso profético". La pobreza así entendida, efectiva y aún sufrida, significa un enriquecimiento, como conciencia de sí mismo, de respeto de la *persona* del otro, no como "propietario", sino como un "alguien" que posee una dignidad inalienable.

La pobreza evangélica, puede llevarse a cabo solamente si una Asamblea escatológica soporta realmente el peso de una vocación profética, fundada sobre la columna, sobre la perspectiva constitutiva, que es la fe del colegio apostólico: fe en un Absoluto-Alguien, que ha querido consagrar la Historia asumiendo la naturaleza humana, promoviendo en el plano de las relaciones activas intersubjetivas un élan de libertad y Amor divino irreversibles.

La des-posesión de sí-mismo por sí-mismo es la condición del progreso auto-evolutivo en el que el hombre de nuestro tiempo se encuentra socialmente solidario. Sin una posibilidad de *distanciamiento* de los bienes materiales nuestra civilización tiende hacia un permanente estancamiento. La ley del "homo homini lupus" no ha evitado la muerte de todas las culturas pasadas.

El monje brahmánico abandona la multiplicidad del *maya* para ejercitarse, a fin de liberarse del ciclo de la *samsara* por la *nirvana*.

El *sabio*, el *iniciado* greco-romano deja en cierto modo la vida de la ciudad para absorberse en la divina y solitaria contemplación (teoría). Los discípulos de Jesús, miembros del Reino, por el contrario -y por la "Ley de la Encarnación"- no dejan el mundo (*Jn.* 17, 15), sino que son enviados al mundo (*Ibid.*, 18). Sin embargo, no son *del mundo* (*Ibid.*, 14), y como a los apóstoles, les es necesario abandonar los instrumentos de civilización ("dejadas las redes, le siguieron", *Mat.* 4, 20), para llegar a hacer conocer la persona misma en un servicio interpersonal o comunitario por el vínculo del Amor. No es en el mundo de la mutua esclavitud de los bienes donde se ha forjado, nacido o crecido una cultura. Es en el mundo intersubjetivo de personas, y especialmente en el escatologismo cristiano, donde la civilización ha encontrado una fuente de "impulsión". Cuando una civilización agoniza (piénsese en el Egipto, en Grecia, en la civilización Azteca) por haber en cierto modo perdido su "elán vital", si no posee una corrección o una fuente de dinamismo, que trascendiendo la cultura permanezca sin embargo unida a ella, dicha civilización muere irremediabilmente, o simplemente es absorbida por otra. La Asamblea escatológica cristiana, la Iglesia, quizá sea esa fuente que en perpetuo diálogo con la civilización -y desde adentro- le permita superarse a sí misma por el proceso de demitificación de ciertos elementos temporales desordenadamente constituidos como "absolutos". La pobreza, la libertad del cristiano con respecto a todos los instrumentos culturales (materiales o espirituales) es el profetismo que no se deja encerrar en la prisión que una cultura edifica necesariamente en torno a sí misma.

En América latina, comunidad histórica, de tradiciones culturales, es necesario que la Asamblea cristiana, la Iglesia, se manifieste en toda su *pobreza*, para poder ejercer su misión evangelizadora, que es lo esencial, y al mismo tiempo, y como uno de sus elementos, permitir el desarrollo civilizador de nuestros pueblos, por la libre modificación de muchas estructuras (agrícolas, educacionales, políticas, económicas...) que son como la prisión que esclaviza nuestro pueblo, pueblo de pobres, que piden o se arrebatará por la fuerza: la Justicia

y la dignidad de Personas humanas, creadas y liberadas por un mismo Padre.

NOTAS

- 1 *Mc* I, 15; *Hebr* 7, 2.7; cfr. Oscar Cullman, *Le Christ et le temps*, Niestlé, Neuchâtel, 1947; Jean Frisque. *Oscar Cullman*, Casterman, Tournai, 1961: véase en *ThWbNT*, 1,380-383.
- 2 *Mat* 5, 3; *Lc* 6, 20; 1,46-55; 19, 28-29; *Mt* 13, 55; *Lc* 6, 3; *Jn* 1,46; *Lc* 4, 22; *Mt* 13, 54, 56; en fin *es el Siervo de YHVH* del segundo Isaías (40-55); Cfr. Albert Gelin. *Les pauvres de Yahvé*, Cerf., París, 1953; véase en *ThWbNT*, VI, 885-915.
- 3 Paul Ricoeur, *Civilisation universelle et cultures nationale*, en *Esprit* oct. (1958), 439-453; *La symbolique du mal*, Aubier, París, 1960, pp. 153 ss.
- 4 En su sentido propio dentro de la filosofía existencial; cfr. Alphonse de Waelhens, *La philosophie et les expériences naturelles*, Nijhoff, La Haya, 1962, en su capítulo sobre el "mundo" (Welt), pp. 107 ss.
- 5 Cfr. Pitrin Sorokin, *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis*, Aguilar, Madrid, 1956, pp. 1262 ss. Sorokin critica esta posición de una premisa con toda razón, pero en verdad lo que critica es la explicitación que un Spengler, p. e., ha hecho de ese primer símbolo de una cultura.
- 6 Aquí habría que analizar la relación sin confusión ni mezcla, con distinción y diferencia, pero en íntima unión de una civilización *dada* y la Iglesia. Un cierto monofisismo sería la tentación a la teocracia; un cierto nestorianismo sería la concepción absolutista o laical de la civilización; nosotros creemos que la solución entre civilización e Iglesia debe buscarse en la realidad de la Encarnación. La Persona misma de Cristo es la que produce la distinción entre naturaleza y sobrenatural, entre Estado y Asamblea escatológica; permitiendo, sin embargo, correlación propia, unión *sui generis*.
- 7 De hecho fueron englobadas o lo están siendo por culturas *históricas* más críticas.
- 8 *Gen.*, 12, 7 -25, 8. Las meditaciones de un -Hegel sobre Abraham (p. e. *L'esprit du Christianisme et son destin*, Vrin, París, 1948, p. 140; *Leçons sur la Philosophie de l'Histoire*, Vrin, París, 1946, pp. 179 ss.) o de un S. Kierkegaard (*Crainte et tremblement*, Aubier, París, 1935, pp. 7 ss.) están a la base de toda filosofía contemporánea, sin embargo, de un punto de vista exegético no pueden ser tenidas por científicas (cfr. J. Chaine, *Le livre de la Genèse*, Cerf., París, 1948, pp. 175 ss.; Dhorme, *Abraham dans le Cadre de l'Histoire*, en *RB* (1928), 484-507, etcétera.)
- 9 Ese sentido histórico, dinámico y escatológico es manifestado en *Mt* 1, 1-17.
- 10 Una comunidad cultural "acumula y objetiva sus intencionalidades en y a través de un infinito número de *vehículos materiales* (todos los objetos físicos o biológicos y energías) utilizados para la *materialización* de las significaciones *inmateriales*, valores y normas. Comenzado con la fabricación de la más simple herramienta..." (Sorokin, *Ibid.*, p. 239).

- 11 Curso de eclesiología de Jean Frisque, Pontigny, 1961-1962.
- 12 *Ac.* 10; 15, 1-35; *Rm.* I, 18-32; *I Co.* 1, 17-3-4; *Ef.*, 1, 3-3, 21. Cfr. p. c. Louis Bouyer, *Le rite et l'homme*, Cerf., París, 1962, pp. 171 ss; Hugo Rahner, *Mythes grec et mystère chrétien*, Payot, París, 1954; véase en *ThWbNT*, IV, 809-834.
- 13 *Gen.* 1, 1-3, 19; *Jn* 1, 1-8. El muy documentado libro de Cause (*Du groupe ethnique a la communauté religieuse*, Alcan, París, 1937), puede ser una excelente introducción para el estudio de la evolución del pueblo hebreo; Lebreton-Zeiller, *L'Eglise primitive*, en *Histoire de l'Eglise*, Fliche- Martin, Bloud-Gay, París I, 1934; Marcel Simon, *Verus Israel*, Boccard, París, 1948; Daniélou, *Théologie du judéo-christianisme DBH*, Tournai, 1958, I-II; Claude Tresmontant, *La métaphysique du christianisme*, Seuil, París, 1961; Etienne Gilson, *L'Esprit de la philosophie médiévale*, Vrin, París, 1932. Nos dice por otra parte Pierre Duhem: "Todas las Cosmologías helénicas son, en último análisis, Teologías; en el corazón de cada una de ellas, encontramos dogmas religiosos, sea que son admitidos a título de axiomas, de descubrimientos debidos a la intuición, como lo quieren los platónicos y neoplatónicos, sea que un análisis, al que la experiencia ha servido como punto de partida, aprueba los dogmas cuando ha llegado a su término, como en el caso del peripatetismo. Estos dogmas, por otra parte, tomados en aquello que tienen de esencial, son siempre los mismos en todas las filosofías griegas (1), son aquellos que enseñan las escuelas pitagóricas de la Gran Grecia: *Los cuerpos celestes son divinos*, son los únicos dioses verdaderos; eternos e incorruptibles; no conocen otro movimiento que el perfecto, el movimiento circular y uniforme; por este movimiento regular, según el más riguroso determinismo, la marcha de todos los cambios cuyo teatro es el mundo sub-lunar.

"La ciencia moderna nacerá, puede decirse, el día en el que se haya osado proclamar esta verdad: La misma Mecánica, las mismas leyes, dan cuenta de los movimientos celestes y los movimientos sub-lunares, la circulación del sol, el flujo y el reflujo del mar, la caída de los cuerpos. Para que fuera posible concebir un tal pensamiento, era necesario que los asiros fueran destituidos de su rango divino donde la antigüedad los había colocado; era necesario que una revolución teológica se produjera".

"Esta revolución será la obra de la Teología cristiana".

"La ciencia moderna ha sido encendida por la chispa producida del choque entre la Teología del Paganismo y la Teología del Cristianismo". (*Le système du monde, histoire des doctrines cosmologiques de Platon a Copernic*, Hermann, París, 1914, t. II, p. 453).

Toda la antropología, la historia, el concepto de cultura y civilización, y al fin, el sentido último de la creación, ha sido radicalmente transformado por la doctrina de la Encarnación:

San Agustín (*Civ. Dei*, XII, 13) nos dice: "De la periodicidad de los siglos por un término bien determinado al que todas las cosas deben sin cesar volver, en el mismo orden y apariencia, según la opinión de ciertos filósofos... Por ejemplo, como en tal siglo, un filósofo nombrado Platón ha instruido ciertos discípulos en una escuela de Atenas... así el mismo Platón, en la misma ciudad, la misma escuela y con los mismos discípulos se re-encontrarán nuevamente; y en el futuro, se reproducirá el mismo hecho en el curso de siglos innumerables. ¡Qué Dios nos

libre de una tal creencia! UNA SOLA VEZ Cristo ha muerto por nuestras faltas; UNA SOLA VEZ ha resucitado de entre los muertos y no morirá JAMAS” (fin de Agustín).

"Acabamos de ver un primer conflicto entre la Física antigua y la enseñanza de los Doctores católicos; esta primera escaramuza nos muestra de antemano los caracteres de una larga batalla, entrecortada por treguas a medias, que, hasta el fin del siglo XIII, expondrá a los dos adversarios a encuentros violentos" (Duhem, *Ibid.*, pp. 452-53). Véase también W. Dampier, *Historie de la Science et de ses rapports avec la philosophie et la religion*, Payot, París, 1951, p. 94.

Si Jesús es el Verbo-humanado (enanthropésanta; Declaración de fe del Concilio de Nicea -*Conciliorum Oecumenicorum Decreta*; Instituto per le Scienze Religiose, Herder, Barcelona, 1962, pp. 4 a 15) no puede menos que producir un tipo de "Humanismo" cristiano que es esencialmente universal (cfr. J. Jeremias, *Jesus et les païens*, Niestle, Neuchatel, 1956; Martin-Achard, *Israël et les nations*, *Ibid.*, 1959; H. de Lubac, *Catholicisme*, Cerf, París, 1952).

- 14 La pobreza como consejo de perfección (p. e. R. Voillaume, *Au coeur des masses*, Cerf, París, 1952, pp. 289 y ss.) no tiene la misma finalidad que la pobreza que pudiéramos llamar *apostólica o profética*. Una se dirige a la propia perfección, la otra como condición de la acción profética exterior en vista del bien común del Reino. San Pablo se expresa claramente: (a) reconoce los derechos del misionero a la subsistencia (I Co 9, 6-14; Ga 6, 6; II Tim 3, 9); (b) sin embargo, quiere trabajar con sus propias manos (I Co 4, 12; Ac 18, 3); (c) para no ser carga de alguien (I Tim 2, 9; II Tim 3, 8; II Co 12, 13); (d) y esencialmente, porque la pobreza apostólica y evangélica es la condición de un testimonio sin equívocos: "Sí, libre de todos, me he hecho esclavo de todos, para ganarle mayor número" (I Co 9, 19: *Eleútheros ek pántov*); Ac 20, 33; I Co 9, 1-18; II Co 11,7. La pobreza es una *condición kerygmática* (Mt 10,7-10; Mc 6, 6-9; Lc 9, 1-3); es la *libertad del apóstol* con respecto al mundo, como posibilidad del juicio escatológico (Jn 15, 18-16, 11).

La pobreza -consejo evangélico de perfección- posee analogías profundas con, p. ej., la pobreza de la comunidad de Qumram (*Megilloth Midbar Yehuda*, preparada por Habermann, Machbaroth, Jerusalén, 1959).